

---

## **PATERNIDAD DE AUTORIDAD, PATERNIDAD DE LLAMADA**

Marcel Légaut  
Febrero de 1963

### **I**

Hoy quiero hablaros –quiero intentar hacerlo– situándome en un plano verdaderamente humano. No es cosa fácil, pues normalmente, cuando nos ponemos a hablar, no lo hacemos de manera humana sino de manera superficial, exterior. Y, sin embargo, hay en nosotros algo más profundo que la poca profundidad que suelen tener nuestras conversaciones cuando nos dejamos llevar por la inclinación natural de hablar pues, en cierto modo, hablar es una forma de ocupar el tiempo.

Pero quiero hablar como hombre y como cristiano. Sobre todo como hombre, pues hacerlo como cristiano es muy difícil. Sí, porque tenemos una herencia cristiana que nos hace hablar demasiado fácilmente de lo cristiano. Algo así como los profesores, que hablan demasiado fácilmente de pedagogía cuando se juntan. Y es que hablar de lo más sencillo es lo más difícil.

Así que voy a intentar hablaros como hombre. Y creo que, si logro hacerlo de verdad, en cierto modo ya os hablo como cristiano, y de forma renovada. Necesitamos mucho renovar nuestro cristianismo, no para hacer cosas nuevas sino para volver a encontrar, gracias a un descubrimiento personal, aquellas cosas muy antiguas pero que hasta el presente no se han explicitado de la misma manera. Así que voy a hablaros como hombre.

Para hablaros como hombre, es preciso que yo esté presente a mí mismo. Y, para que me escuchéis como hombres, es preciso

que, por vuestra parte, estéis presentes a vosotros mismos. Es preciso que lo que os diga corresponda a lo que me digo cuando estoy solo conmigo mismo; y también que lo que escuchéis sea lo que os decís, o lo que os querríais decir a vosotros mismos cuando estáis solos con vosotros mismos. Así que hace falta que ahora intentemos esta especie de preparación psicológica, de manera que intentemos estar presentes a nosotros mismos y al mismo tiempo los unos a los otros. Es la única presencia auténtica: las demás son sólo presencias epidémicas.

Pues bien: cuando uno de nuestros antepasados, antiquísimo, cuyo nombre ni siquiera conocemos, se atrevió a escribir, en un libro antiquísimo, que el hombre estaba hecho a imagen de Dios, creo que lo que quería, ante todo, era explicar a sus contemporáneos el lugar que podía tener el hombre en la creación. Se ve que en aquella época se sabía muy bien quién era Dios, y así se pensaba que, diciendo que el hombre estaba hecho a imagen de Dios, estaba claro que el hombre era la cabeza de la creación y como el Delegado de Dios. En realidad, esto correspondía a una inclinación que todos tenemos, y que consiste en intentar *explicar lo menos oscuro por lo más oscuro...* Y así se explicaba al hombre y su posición a partir de lo que uno creía conocer de Dios.

Sí, es una inclinación natural que en nuestra época nos invade mucho, a pesar de todos los progresos de la Ciencia que intenta dar un poco de rigor a nuestros espíritus... Cuando alguna cosa nos resulta difícil de comprender, tendemos espontáneamente a explicarla por algo que nos resulta aún más oscuro. Os voy a poner un ejemplo... Este invierno, como veis, es muy riguroso, y se podría explicar tal vez por causas físicas. Pero siempre encontraréis personas que os digan: “¿Esto? Es por causa de las explosiones nucleares que se hacen en la estratosfera”. No saben absolutamente nada de lo que significa eso de las explosiones nucleares en la estratosfera pero, en cambio, les parece una razón suficiente –precisamente por ser algo suficientemente oscuro– para explicar cosas que son menos incognoscibles. Porque este invierno riguroso no es el primero que hemos experimentado noso-

tros, ni el primero que los hombres han conocido desde los orígenes. Se trata de una inclinación espontánea que todos tenemos y ante la que tenemos que reaccionar. Así que: reaccionemos.

Pues bien. Aquel Antiguo que nos había dicho que el Hombre fue hecho a imagen de Dios, en el fondo nos hizo un gran servicio, sin darse cuenta, pues *nos indicó que el camino por el que el hombre podía descubrir a Dios era él mismo*. Que para expresar a Dios, *la palabra más expresiva, la más poderosa, no era la Creación, es decir, el cielo y la tierra, sino que era el mismo hombre*. El Hombre es una palabra de Dios, y tal vez la palabra de Dios más profunda que Dios haya proferido.

De tal manera que, *para descubrir a Dios –en la medida en que esto le es dado al hombre–, primero necesita descubrirse a sí mismo*. Conocerse. ¿Quién soy yo? Y en la medida en que me conociera a mí mismo en mi profundidad, en mi realidad interior, estaría en el camino del conocimiento de Dios mucho más que contemplando las estrellas y el mundo exterior. Y, cosa singular: al comienzo de la Humanidad, se alcanzó más a Dios, se creyó alcanzarlo más, a través de la Creación, y, sin embargo, cuanto más se desarrolla la Ciencia, tanto más Dios se aleja a distancias más que astronómicas, y en todos los planos. Y el gran recurso que tenemos nosotros ahora no es cantar la gloria de Dios a través de los cielos sino cantarla a través del hombre. De modo que: descubrir al hombre para descubrir a Dios.

Aceptad, pues, esta posición que es una *posición de base* (aunque no soy infalible del todo, y por eso podéis sin dificultad pensar exactamente lo contrario). Aceptad esta posición que va a ser el centro y la base de mi meditación. Si descubrimos al hombre en su profundidad, en todas sus posibilidades, en todo cuanto le llama a ser él mismo, nos podremos aproximar tanto como nos sea dado a Dios.

## II

Pues bien: hay tres grandes realidades humanas que solicitan al hombre a medida que se va haciendo más hombre, más adulto; y que desde siempre han servido para hablar de Dios, aunque de una forma más bien imaginativa, simbólica, y no de una forma más existencial... Son el Amor, la Paternidad, y esa toma de conciencia de que uno es mortal, es decir, la Muerte.

No voy a insistir en todo esto pues sería demasiado largo. No os voy a hablar del Amor, aunque ya sabéis que el Amor ha servido mucho a nuestros místicos para hablar de Dios... También la toma de conciencia de la Muerte ha hecho nacer la idea del Sacrificio, tomado en el sentido más inicial del término. Esta mañana voy a hablar simplemente de la Paternidad. Vamos a profundizar tanto como nos sea posible en esta grandeza humana que se nos propone, para descubrir a su través alguna cosa de Dios. Y fijaos que estoy en la línea más tradicional pues, desde hace muchísimo tiempo, se nos ha dicho que Dios era padre.

Sí, claro, ¿pero qué padre? Pues hay muchas maneras de ser padre. Y, evidentemente, según la manera como concibamos la paternidad, tendremos una idea muy diferente de Dios. Suponed un niño que ha sido abandonado por su padre; si le decís que Dios es padre, esto no le sugerirá una idea muy buena de Dios. En la medida en que profundicemos la idea de padre, descubriremos su grandeza, y estaremos en mejor disposición para descubrir la grandeza de Dios a su través. Así que voy a hacer una meditación sobre la Paternidad.

Y me voy a fijar en *una paternidad muy particular, en la paternidad del padre hacia su hijo*. De manera que, para ser riguroso, deo de lado hoy la paternidad, por ejemplo, de un padre hacia su hija. Por el momento dejémosla de lado. Y tampoco confundamos la paternidad con la maternidad: hay un abismo entre ambos. Así que, de momento, sólo os voy a hablar de la paternidad del padre hacia su hijo.

Pues bueno: a un hombre le resulta muy fácil ser padre. Incluso diría que casi demasiado fácil. Lo que es difícil es mantenerse siendo padre hasta el final. Diría incluso que es tan difícil que cuesta concebirlo. Al principio, uno es padre sin dificultad. Pero, cuando el hijo va creciendo y se hace un poco mayor, muy frecuentemente el padre sólo es padre por el recuerdo. Cuando, por ejemplo, el hijo está casado –incluso antes, muchas veces– sigue siendo nuestro hijo, pues lo hemos engendrado, pero lo que fundamenta nuestra actual paternidad es más un recuerdo del pasado que una realidad presente que nos permitiera seguir siéndolo ante él, ya mayor. Evidentemente, esta paternidad actual sería muy diferente de la que teníamos al comienzo cuando el hijo tenía unos meses; pero tendría que ser igualmente real, de manera que nadie más tiene, ni podría tener ante él, el papel, la presencia que nosotros tenemos por el hecho de ser su padre.

Me atrevería a decir que la mayor parte de las paternidades desaparecen progresivamente, se eclipsan, se difuminan, volviéndose paternidades de recuerdo. Y fijos, no estoy haciendo dramas. Pueden ser cosas muy simpáticas, como cuando el hijo viene a ver a sus padres con su mujer. Y está muy amable con su padre, con su madre... ¡Sobre todo si hay que dejarles los niños pequeños para que los guarden! Sí, muchas consideraciones pueden hacerse que hacen que la familia sea muy simpática, pero, en cierto modo, *el padre ya no es padre más que porque lo fue*, y esto, en definitiva, no tiene ya mucho alcance.

Y, sin embargo, yo creo que sí, que la paternidad *ha de llegar más lejos*; incluso aunque la Sociedad excuse las cosas, pues, al legalizar la paternidad, hace de ella algo común, y, al no exigir demasiado, le parece que con ese poco ya está lograda. En el fondo, una paternidad así ha fracasado. *Ser padre no consiste en serlo solamente al comienzo: consiste en serlo hasta el fin, e incluso un poco más allá, pues el padre debe estar presente a su hijo como padre no sólo mientras vive sino también después de morir*. El padre debe permanecer como una especie de luz; debe ir

convirtiéndose poco a poco en un faro, en una fuente que hace comprender la vida y que el hijo no podría tener si no le hubiera tenido a él como padre.

*Voy, pues, a intentar profundizar un poco esta noción de paternidad.* Ciertamente, el padre del final, el padre ideal, el padre que todavía casi no existe, el padre hacia el que debemos tender, esa estrella que se presenta en nuestro cielo de padres cuando comenzamos a tener hijos, y que –¡Dios mío!– se apaga demasiado pronto..., ese padre, evidentemente que no puede ser como el del comienzo, como ese padre de autoridad, que no sólo da el biberón a su hijo cuando no está la madre sino que también da órdenes, dirige, defiende; en fin, que, durante un tiempo, es esto, un padre de autoridad. Ciertamente que cuando el hijo tiene cinco años uno no puede... Sí, tiene que mandarle. *Al principio, el hijo tiene necesidad de cierto enderezamiento. Pero, claro, si un padre piensa que tiene que enderezar a su hijo hasta los sesenta años, probablemente tendrá ciertos fracasos...*

Fijaos: si estuviéramos en una sociedad patriarcal, en la que el padre –y esto existe – es, hasta el fin de su vida, el jefe indiscutido de su familia, de manera que sus hijos, sus nueras, etc., están bajo su autoridad, entonces la crisis de paternidad que os acabo de señalar no se presentaría. Pero ya no estamos en una sociedad patriarcal. El “padre-patriarca”, sí, puede que sobreviva en algunos rincones, pero cada vez es más raro; y, menos mal, pues el padre que consiguiera ser patriarca hasta el fin de su vida, sin experimentar ninguna crisis, sería porque no habría crecido en su paternidad. Habría permanecido como el padre del comienzo, una especie de padre infantil, a causa precisamente de las condiciones sociológicas que no le dieron ocasión para crecer, para llegar a adulto en su paternidad. *El patriarca* –y empleo esta expresión a pesar del respeto con el que se la suele rodear– es, en el fondo, un infantil si permanece en el plan de una autoridad absoluta, como antaño pudo existir.

Así que el padre tiene que cambiar de posición ante sus hijos para permanecer siendo padre pues, dadas las condiciones sociológicas en

las que vivimos, es imposible seguir siendo padre como al comienzo. Y el hijo se lo manifiesta espontáneamente, sin necesidad de un plan preconcebido para desembarazarse progresivamente de la autoridad paterna inicial.

Entonces, lo difícil, lo que pide al padre una interioridad mucho mayor, una vida espiritual mucho más grande que la exigida en la primera fase (pues en ésta no es muy difícil ser padre); *lo difícil es esta transición que permite pasar de una paternidad de autoridad a una paternidad en la que el padre siga siendo verdadero padre para su hijo sin ejercer aquella autoridad*. Pues bien, en mi vocabulario, a esta segunda manera de paternidad, yo la llamo “*paternidad de llamada*”. (Se la podría llamar de otra manera). Por consiguiente, éste es mi problema actual: cómo pasar de la paternidad de autoridad a la paternidad de llamada. La paternidad de llamada no es la que se ejerce mandando. Mandar es cosa de la autoridad. La “llamada”, en cambio, es *algo muy discreto*. Cuando uno llama... bueno, ya entendedís lo que quiero decir, pues uno puede llamar diciendo: “Juan, ¡ven aquí!”; pero a eso le llamo “mandar” y no es a eso a lo que me refiero cuando hablo de una “llamada”. Una “llamada” es algo muy discreto.

Pues bien: lo que caracteriza a la paternidad de llamada, con respecto a la paternidad de autoridad, son dos elementos. Uno es *la distancia*: esa distancia que debe establecerse entre el padre y el hijo. Y el otro elemento que tiene que acompañar y completar a esa distancia, de manera que no dé lugar a una ausencia sino que, al contrario, sea la ocasión para una presencia, es *la fe*. La fe que el padre debe tener en su hijo. Esta transición es muy *difícil* y en general los hombres *fracasan* en ella, y a veces con un fracaso definitivo, definitivo y ordinariamente invisible, pues la Sociedad no da la ocasión de que se manifieste. Esta transición difícil consiste en el descubrimiento de la distancia, y en el descubrimiento de una presencia posible en la distancia, gracias a la fe.

*En primer lugar, pues, voy a hablaros de la distancia*. ¡Es una cosa tan nueva para un padre descubrir la distancia que le separa de su hijo!

Hay momentos privilegiados para descubrir esta distancia. Pienso, en primer lugar, cuando el niño acaba de nacer. Supongamos la atmósfera religiosa, sobre todo interior, profundamente humana, con la que podemos rodear el bautismo. El padre acaba de ofrecer su hijo, en cuanto cristiano, a Dios, por medio del bautismo. Y no puede dejar de pensar con temor, con impotencia, en toda esa vida que su hijo acaba de comenzar, en cuyo origen está él, pero a la que le resulta, en definitiva, tan imposible ayudar verdaderamente para que él llegue a ser él mismo.

Esta criatura, durante cincuenta años, sesenta años, tal vez más, va a ir creciendo, encontrando dificultades de todas clases, va a descubrir su camino, se va a equivocar, va a despistarse, a rozar los abismos, tal vez logre salir de ellos, y, poco a poco, hará su propio camino; un camino completamente diferente del nuestro, y, sin embargo, en ciertos aspectos, a causa de todos los acontecimientos con los que se encontrará, muy semejante al mismo tiempo. Y nosotros, sin poder intervenir como querríamos... El día del bautismo es un día de meditación acerca de todo lo que le espera a este niño. Y acerca de esta extrema distancia que, a este pequeño ser, que sin embargo es nuestra carne, lo separa de nosotros mismos... Aunque estemos en su origen, aunque permanezcamos largo tiempo junto a él, tendrá una vida que, en gran medida, será totalmente independiente de nuestra voluntad y de nuestro interés por él. Será independiente tanto por dentro como por fuera, a causa de los acontecimientos exteriores que vivirá. He ahí la distancia.

Esta distancia que el padre descubre respecto de su hijo en el momento del nacimiento, la volverá a descubrir en otras circunstancias. Todavía no lo he experimentado pero me parece que, cuando un hijo nuestro se casa con una chica a la que cree conocer, y que sin embargo desconoce completamente... Nosotros, que ya llevamos casados unos cuantos años y que sabemos cuánto tiempo necesita un hombre para conocer a su mujer, y una mujer para conocer a un hombre (¡en caso de conseguirlo...!); pues nos experimentamos también



impotentes ante el destino del hombre y de la mujer, de ese chico y de esa chica... Distancia.

Como veis, es algo tan distinto, tan contrario a los sentimientos que podemos experimentar cuando tenemos en brazos a nuestro hijo de tres o cuatro años... Entonces, él hace todo lo que queremos, o casi todo, y realmente es nuestro hijo, “nuestro” en el sentido posesivo, sí, como una posesión. Esta es la palabra importante. Y sigue siendo nuestro hijo cuando tiene veinte años, y cuando se casa, pero este “nuestro” ya no es posesivo. Es... Los gramáticos aún no han encontrado un término, o al menos yo no lo conozco. Es nuestro en el plano del ser, ya no es nuestro en el plano del tener. Y fijaos en esto: *si uno permanece en el plano del tener, la distancia separa; pero cuando uno alcanza el plano del ser, la distancia es la única condición que hace posible estar verdaderamente presente.* Pues donde hay excesiva proximidad, nuestra inclinación natural nos vuelve posesivos, y nada hay tan contrario al ser como el poseer.

Por eso la distancia es necesaria, pero a condición de que uno sea. Claro, si somos unos padres que sólo lo siguen siendo porque una vez lo fueron, y no hemos profundizado en nuestro propio ser, y somos unos padres exteriorizados, sólo a nivel sociológico, que sólo legalmente respondemos de nuestro hijo, entonces, incuestionablemente, la distancia corresponde a una separación. Pero, si somos lo suficientemente profundos y reales, entonces esto que os acabo de decir es importante. Sigue siendo nuestro hijo pero ese “nuestro” ya no está en el plano del “tener” sino en el del “ser”. Y entonces, la distancia que el hijo necesita para ser él es, al mismo tiempo, la condición para que nos esté presente y para estarle presente con esa presencia que el hijo puede recibir sin que le oprima, y que, por el contrario, le da fecundidad.

La diferencia fundamental que hay entre la paternidad de autoridad y la paternidad de llamada consiste en esto: en que la paternidad de autoridad reposa, en el fondo, sobre el “tener” del padre,

mientras que la de llamada reposa esencialmente en su “ser”. Y, como toda nuestra progresión espiritual consiste en pasar, de ese estado más o menos ambiguo en el que nos encontramos al comienzo, a un estado más o menos desprovisto de tener, a fin de ir alcanzando poco a poco una relativa pureza de ser, pues ya veis que el paso de la paternidad de autoridad a la de llamada va en el mismo sentido que dicha progresión.

Ya sabéis que esta distancia entre padre e hijo de la que estamos hablando también existe entre dos seres cualquiera. Y me parece que, para un hombre de cierta edad –para un viejo como yo, por ejemplo–, esta distancia es una de las cargas más pesadas de llevar, a no ser que uno verdaderamente sea. Pues, cuando uno es joven, hay una proximidad espontánea, debida a la semejanza entre jóvenes, que impide la experiencia de la distancia. No es que haya posesión entre ellos, pues tal vez no tienen entre sí relaciones especiales, posesivas, pero se juntan porque se parecen. Pero, cuando uno va siendo viejo, poco a poco el mundo le abandona. No porque uno no esté con los otros sino porque los otros ya no se parecen a nosotros. Al viejo, ya no se le comprende. Las generaciones se oponen.

Os diría muchas cosas divertidas al respecto... Escuchad, vamos a reírnos un poco. Os estoy diciendo cosas serias, así que voy a deciros cosas menos serias. Mirad, para un hombre como yo –os voy a hacer algunas confidencias–, la chica ideal, la joven ideal, es la que está más cerca de la naturaleza: la campesina ideal. Voy a decir tonterías... Sí, nada de pinturas ni tintes, ni en el pelo ni en la piel. Pues las mujeres jóvenes, aquéllas con las me suelo encontrar, son como las demás, como las mayores, pero... llenas de pintura. Voy a recordar, y –no hago alusiones– pero..., por ejemplo, los ojos. ¿Por qué hoy día las mujeres jóvenes, y las chicas, se pintan los ojos de manera que parecen no haber dormido en una semana? No, no es algo bello, es algo artificial, superficial. Sí, son tontadas, cosas pequeñas, pero son esas cosas pequeñas las que yo diría que señalan la distancia. Está claro que el sentido que yo tengo de la belleza femenina no es el que tienen nues-

tros jóvenes. Porque supongo que, si nuestras jóvenes se peinan como se peinan y se pintan los ojos como se los pintan, será porque eso agrada a sus maridos. Os confieso que, si mi mujer un día apareciera con unos ojos semejantes, le diría: “Escucha: duerme, toma somníferos si es preciso”. En fin, es para deciros que la distancia, a medida que uno envejece, es algo nítido. Y, claro, si uno no llega al nivel del ser, entonces, cada vez está más ausente. En cambio, si uno es, esta distancia hace posible la presencia. Pero, si uno no es, entonces, esta distancia le vuelve ausente. Muchas personas, cuando envejecen, se vuelven realmente ausentes por no haber llegado, en tiempo oportuno, a ser.

Bueno, ya veréis que lo que os voy a decir acerca de la paternidad, va mucho más lejos, pues no somos simplemente padres. En nuestro cristianismo hay algo que se llama “caridad”. Es algo que va incluso más allá del amor muy especial que un padre debe tener hacia su hijo. Pero –y es precisamente eso lo que quería mostraros– hay un camino casi necesario que permite a la mayoría de la gente alcanzar realmente una caridad que no sea sólo de palabra, y ese camino es, precisamente, a través de los crecimientos de la paternidad.

Por otra parte, es preciso que el padre *tenga fe* en su hijo. Y, así como a menudo es difícil crear la distancia y respetarla (un padre debe, en cierto modo, mantener la distancia respecto de su hijo, de forma que le permita desarrollarse siguiendo su propia figura interior), así también le resulta difícil a un padre pasar, del nivel de la posesión, al nivel del ser. Y no es mucho más fácil entrar en el nivel de la fe. Es fácil creer al hijo, creer en el hijo, cuando el hijo se parece tanto al padre que, en definitiva, creer en el propio hijo equivale a creer en sí mismo. Pero creer en el hijo cuando éste es tan diferente de ti (pues, aun cuando en otros aspectos no lo sea, debe serlo en algunos aspectos, sobre todo en los más visibles, en ésos en que lo sociológico tiene mayor influencia, pues, sociológicamente hablando, las generaciones se oponen)... Pues, como decíamos, *creer en tu hijo cuando no se te parece, de manera que creer en él no se confunde ya con creer en ti, eso, es algo ciertamente difícil.*

Eso supone un progreso interior, un sentido, una paciencia, unas condiciones intrínsecas al desarrollo de un ser humano; con todo lo que esto representa de aventuras que no parecen estar directamente en la línea de lo que uno desearía para su hijo, y que hace que uno deba creer en él aunque parezca que el hijo hace exactamente lo contrario de lo que uno querría que hiciera; de manera que, en cierto modo, hay que creer más en su devenir que en su presente, no juzgando su devenir a partir de su presente: eso es la fe.

Y mirad que precisamente empleo la palabra “fe” con insistencia porque, aunque no sea una fe propiamente religiosa sino que aún se sitúe en el plano humano, me parece que no hay actividad propiamente humana que esté más cerca de la fe propiamente religiosa que esta fe que un padre puede tener en su hijo. Y, en un siglo racionalista (todos nosotros somos más o menos racionalistas) en el que creemos que todo está agotado en el hombre cuando éste está hecho (cuando éste hace, fábrica o demuestra), un sentimiento (el descubrimiento de la fe del padre en el hijo) le aporta, en la línea de su desarrollo natural, unas luces interiores que serán mucho más aptas, para hacerle descubrir después lo que es propiamente la fe religiosa, que todas las “definiciones” que podáis darle cuando su desarrollo humano no haya sido suficiente.

Así que ya veis: El padre tiene que llegar a respetar, e incluso a cultivar convenientemente, esta distancia que le separa de su hijo. Distancia que no queda contrapesada sino completada por la fe del padre en el hijo. De manera que esta distancia, en lugar de convertirse en ausencia, dé lugar a presencia. Presencia de ser, y no presencia posesiva o presencia del tener.

En definitiva, en el límite, si esta presencia en la distancia está bien lograda, el amor del padre en absoluto suprime la distancia (en algunos aspectos la consagra definitivamente) pero tampoco suprime la presencia. Sólo que esta presencia no sólo debe nacer del ser del padre sino que también debe ser “merecida” por el hijo. Pues la presencia de proximidad, la presencia del “tener”, se impone al hijo

sin que éste tenga que crecer en humanidad. Por eso es la inicial. Pero la presencia del ser del padre –suponiendo que el padre exista–, para ser realmente captada, supone en el hijo una profundización interior correspondiente. De manera que, para que una paternidad sea realmente lograda, hace falta cierta simbiosis entre el crecimiento del padre en el ser y el crecimiento del hijo en el ser. Crecimientos ambos que se corresponden, pues, en gran medida, el crecimiento del hijo permite crecer también al padre. Entre padre e hijo hay un profundo intercambio en el plano del ser, cuando la paternidad se logra.

Esto es lo que quería deciros, rápidamente, balbuciendo, buscando, pues, en el fondo, es una estrella en el cielo del hombre; pero sólo una estrella, una estrella orientadora. *Paternalidad de autoridad, paternidad de llamada, con ese gran intervalo de búsqueda que permite pasar, poquito a poco, de la una a la otra, llegando a ser uno mismo, descubriendo una presencia a través de la distancia, descubriendo también lo que es la fe.*

Se nos ha dicho que Dios es “padre”. Según concibamos la paternidad, tendremos evidentemente una concepción diferente de Dios. Si del padre sólo tuviéramos la noción de la paternidad de autoridad, Dios sería el Padre, el Patriarca, el Padre de autoridad. La relación que un padre de autoridad tiene con su hijo es una relación autoritaria: da órdenes. Y, si el padre da órdenes, el hijo obedece. Con lo que el alma de esta relación entre padre e hijo es, por una parte, el mandato, y por otra, la obediencia. Y, entonces, la virtud esencial del hijo hacia su padre será la obediencia. No necesito decíroslo: son cosas que se saben.

Pero, si por el contrario, tenéis de la paternidad una noción como la que acabo de proponeros, como la paternidad de llamada, Dios será padre, pero no será un padre de autoridad, no será sólo un padre de autoridad; tal vez al comienzo lo hayamos tenido que vivir así, pero esencialmente es padre de “llamada”. Entonces, la posición del hombre

en relación a Dios y la de Dios en relación al hombre es completamente diferente. Lo esencial de Dios no es dar órdenes sino “llamar”. Y lo esencial del hombre no consiste en obedecer sino en responder.

*En una concepción de la paternidad, la obediencia. En la otra, la fidelidad.* En la primera, uno se sitúa, sobre todo, en el plano de la acción, del comportamiento, aunque éste implique modificaciones interiores profundas de la voluntad. En la segunda, estas cosas, sin duda, también se dan pero hay algo más: es todo el ser del hombre el que, en cierta manera, corresponde a la llamada. No sólo la inteligencia sino también todo cuanto uno es, aun lo que está en la oscuridad, pues esta correspondencia se sitúa un poco por debajo de lo que podemos saber de ella y de lo que podemos querer para ella. En cierto sentido, tenemos un comportamiento que sobrepasa nuestra inteligencia y nuestra voluntad. Es porque nosotros “somos” y no sólo porque queremos. Y esto va mucho más lejos. Nuestra relación –nuestra religión– ya no es una religión de obediencia, de prácticas, de conocimientos, sino una religión de fidelidad. De una fidelidad desconocida, no en lo que nos pide hoy, sino en lo que nos pedirá mañana; para lo cual, exige de nosotros una atención que no se contenta con ser una atención física o de voluntad o de conocimiento, sino una atención del ser.

¿Veis? No podemos decir que se trate de dos religiones porque la paternidad de autoridad es necesaria al comienzo. Pero, entre una religión que sólo concibe la paternidad de Dios bajo forma de autoridad y otra que concibe la paternidad de Dios bajo la forma de su última perfección, es decir, en su plenitud de paternidad de llamada, hay una diferencia fundamental. Y yo creo que muchas religiones pueden alcanzar –y lo han alcanzado– el nivel de la paternidad de autoridad (aunque no llamen “Padre” a Dios), mientras que sólo el Cristianismo –ésa es su originalidad– podría alcanzar, debería alcanzar, precisamente esa originalidad propia de ser una “Religión de llamada”. (Aunque no siempre lo alcance, igual que un padre de autoridad no siempre llega a convertirse en un padre de “llamada”).

### III

Voy a terminar esta meditación con algo un tanto particular –tal vez penséis que es accesorio– pero que me parece que puede completarla de una manera que no carece de importancia.

Creo que podéis estar de acuerdo en casi todo esto que os he dicho. Pero tal vez me digáis ¿Cuál es el lugar de la Iglesia en todo esto? ¿Cuál es el lugar de la Comunidad? Se dice de la Iglesia que es “madre”. Y puede ser que se haya dicho que la Iglesia es “madre” porque es un nombre femenino y gramaticalmente es difícil decir que la Iglesia es “padre”. Es una dificultad de gramática pero, después de todo, se las habrían arreglado para decir que es “padre” si hubiera sido necesario. Pero es que, en realidad, la Iglesia es “madre”.

Al principio dije que entre paternidad y maternidad hay una diferencia fundamental. Sí que hay madres que suelen reemplazar al padre en el aspecto de la autoridad; estoy de acuerdo. Pero añadiría que, cuando una madre quiere tener autoridad, le resulta muy difícil no ser autoritaria. También el padre puede ser autoritario, pero me parece que, en su caso, es una deficiencia accidental, aunque muy frecuente. Pero, para una madre, el ser autoritaria no es simplemente una deficiencia accidental sino... sustancial. La madre, por su propia naturaleza de madre, no puede tener la autoridad que el padre debería tener si fuera realmente padre. Esto señala una de las grandes diferencias entre paternidad y maternidad.

Decíamos que la Iglesia era Madre. Voy a hablaros un poco de la maternidad. Perdonadme, pues no tengo experiencia personal, pero, en ciertos aspectos..., mirando, viendo, reflexionando, teniendo uno mismo madre, y viendo junto a sí a la madre de mis hijos, pues uno puede decir cosas válidas que no son mero producto de la imaginación ni una construcción sistemática sobre la maternidad, aun cuando uno solamente sea padre. Así que os voy a decir lo que, desde mi punto de vista, *diferencia la paternidad de la maternidad*.

Allí donde la paternidad, en su perfección de paternidad de llamada, debe establecer cierta distancia, la madre *debe conservar la proximidad*, pues la madre no puede ser madre a través de la distancia como el padre puede serlo a través de dicha distancia. La madre debe permanecer próxima. No hay distancia que deba separar a la madre del hijo. La madre debe permanecer próxima mientras que el padre debe guardar cierta distancia. Pero es preciso que esta proximidad de la madre sea *ligera*. Pues, gracias a esa ligereza, puede respetarse la personalidad del hijo. En el caso del padre, es la distancia la que asegura dicho respeto, y, en el de la madre, es esa ligereza. La presencia de la madre ha de ser ligera. Debe ser cercana, próxima, y, sólo así, estando cercana, puede estar presente a su hijo. Pero esta presencia sólo le resulta benéfica al hijo cuando es ligera.

Pues exactamente lo mismo debe ser la Iglesia para con nosotros. Debe estar próxima, cercana a nosotros, pero esa presencia cercana debe sernos ligera. Y la gran dificultad para una madre consiste en estar al mismo tiempo próxima y ser ligera, pues le resulta más fácil estar próxima siendo pesada que estar próxima siendo ligera. De manera que todo el trabajo interior que necesita un hombre para poder estar presente en la distancia también lo necesita la mujer para descubrir la ligereza en la cercanía. Y la maternidad de la Iglesia, en la medida en que corresponde a la paternidad de llamada propia de Dios, consiste en estar cercana siendo ligera. Próxima, cercana, ya me entendéis. Es decir, fraternidad, comunidad, que nos ayuda a vivir... Como una madre ayuda a vivir a su hijo siendo cercana y ligera, así lo hace una comunidad que no sea oprimente, que tenga esa ligereza que le permite ser la intermediaria de la llamada. A su manera, es apelante por... reflexión. No que sea apelante por sí misma –en ese caso sería pesada, cosa que suele ocurrir– sino porque proporciona el clima psicológico, el clima de dicha, de fraternidad, de sencillez, de comunicación y de comunión entre las personas que precisamente les permite, estando bien juntos, estar más fácilmente atentos a Dios. Pero ese “*estar bien juntos*” no significa estar distraídos; significa ser



suficientemente cercanos y ser suficientemente cada uno uno mismo para poder recibir de esa proximidad un “plus” de facilidad para estar atentos, para ser fieles a la llamada. En fin: la Iglesia es Madre por una presencia que debe ser ligera.

Ya voy a terminar. Esto explica la gran conexión que hay entre la “piedad” hacia la Iglesia y hacia la Virgen. (Hablo de “piedad” y no de “devoción”, pues esta última es una palabra tan abominable... “Piedad” tal vez no sea mucho mejor, pero creo que sí, que es menos mala.) Entre la Iglesia y la Virgen hay una cercanía pues la Virgen también es madre. Debe ser a la vez –y lo es– cercana y ligera. Ese amor que no es posesivo, que se eleva al nivel del ser, y no del “tener”. Esa es la íntima conexión que hay entre la piedad hacia la Iglesia y la piedad hacia la Virgen. Claro, no me refiero a la Virgen Reina del Cielo que os distribuye la gracia según su beneplácito... No me refiero a la reina sino a esa mujer que es la madre...